

Mejías Moreno, M.; Benítez de Lugo Enrich, L.; López Sáez, J. A.; Esteban López, C. (2015): *Arqueología, hidrogeología y medio ambiente en la Edad del Bronce de La Mancha. La Cultura de las Motillas*. Madrid, Instituto Geológico y Minero de España, 119 pp. ISBN: 978-84-7840-972-3. <<http://www.igme.es/LibrosE/HGeo/AHMALasMotillas/mobile/index.html#p=1>>

Desde sus comienzos, la obra motivo de este análisis muestra al lector especializado el tema clave que permite comprender los rasgos básicos de la ocupación humana del sur de la península Ibérica durante el II milenio a.C. Su título incide, entre otras cosas, en la hidrología del momento que se va a estudiar. Pero lo más llamativo es, en este sentido, la fotografía de la cubierta: una imagen aérea de la Motilla del Azuer en 2013. Se trata de un recinto impresionante en gran parte tomado por el agua. Explicar el colapso que en esta zona experimentó el mundo calcolítico y los cambios culturales que vinieron después sin contar con el análisis de los recursos hídricos de la época es hoy una tarea imposible. Aun así, el libro incluye otros muchos estudios y enfoques que lo hacen monografía de obligada consulta para los especialistas en Prehistoria Reciente. De hecho, diversos aspectos climáticos tratados explican el final de la Edad del Cobre, pero también los diversos horizontes culturales que sucedieron a esta fase durante el Bronce. Y no es una exageración plantear que gran parte de lo ocurrido en el I milenio a.C., ya en época protohistórica, se comprende mucho mejor contando con la drástica evolución de los ecosistemas iniciada más de mil años antes.

Tras dos presentaciones y dos prólogos que arrojan institucional y científicamente la obra, comienza este estudio colectivo con un capítulo introductorio que, por su título, se pretende dedicado al tratamiento del marco geográfico, y que firman Miguel Mejías, María Dolores Gómez-Escalonilla Sánchez, Jesús del Pozo Tejado y Carlos Camuñas Palencia. Reconocen sus autores explícitamente, y desde la primera línea, que se trata de un libro de “alta divulgación científica” que muestra los resultados de un proyecto de investigación; de ahí que entren de inmediato a explicar qué son las motillas, en una breve descripción historiográfica donde el lector más especializado puede intuir ya determinadas propuestas novedosas trabajadas en los últimos años. Este inicio no rehúye siquiera la controversia teórica, ya que las nuevas interpretaciones invalidarían algunas visiones anteriores, en especial la del Materialismo Histórico. Si no fuera porque el Historicismo Cultural se aloja en todos los rincones de nuestra educación, se diría que la opción marxista casi ha monopolizado en sus distintas

versiones la explicación de la Edad del Bronce en la península Ibérica durante el siglo XX. Se propone así una sociedad mucho más igualitaria que la fuertemente jerarquizada defendida por otros grupos de trabajo hasta ahora predominantes. Estos propósitos presiden gran parte de la obra, porque han sido previamente los que han marcado la senda de la investigación. De ahí que las descripciones del medio insistan en los recursos hídricos, tanto en los derivados de las precipitaciones como en los relativos a la explotación del nivel freático. A este respecto son espectaculares diversas ilustraciones relativas al paisaje, y muy didáctica la cartografía. La imagen es, de por sí, especialmente abundante y cuidada en toda la publicación, si bien parece en algunos casos pensada para haberse editado a mayor tamaño. Este apartado introductorio incluye ya una breve relación de las motillas manchegas más conocidas, con una escueta indicación de su situación y de sus rasgos básicos.

Es el capítulo segundo el que comienza realmente a desmenuzar la cuestión, tratando en este caso la hidrogeología de la región de La Mancha. Lo firman los mismos autores del primero, aunque en otro orden –en ninguno de los dos casos es alfabético–. Que sean las mismas plumas y que los temas tratados estén estrechamente relacionados puede extrañar a los lectores no familiarizados con las presiones del mundo académico, que recientemente obligan, de forma absurda, a engorzar el *currículum* personal de cada cual mediante la proliferación de publicaciones, aunque estas sean meros clones unas de otras o aunque aporten realmente poco al conocimiento; basta con pasar los filtros supuestamente ciegos ahora tan de moda. Sin ser necesariamente el caso, la verdad es que la temática abordada en los dos primeros capítulos podría haberse desarrollado en uno solo, lógicamente con sus correspondientes subapartados. El gran aporte es ahora precisamente la unión entre lo geológico y lo hidrológico, y cómo ambos factores contribuyen a formar un determinado paisaje y un ecosistema donde el hombre se entiende –sin que ello se afirme de manera explícita– como una fracción más de la propia naturaleza. Me gusta mucho este enfoque, sobre todo porque es el único científico y porque parece el más útil para entender qué aconteció en aquella época en la zona estudiada.

Pedro Ibarra Torres es autor único del breve capítulo 3. Se aborda en él la aplicación de técnicas geofísicas al análisis de las motillas antes de su excavación arqueológica propiamente dicha. Es más una escueta reflexión metodológica, con ejemplos concretos del trabajo realizado, que una pormenorizada descripción de los resultados obtenidos en los trabajos de campo. Está bien colocar esto en una obra que pretende ser divulgativa, a ver si contribuye a quitar de la cabeza del personal no especializado, de una vez por todas, que la arqueología sea una especie de manualidad de picola, pincel y pegamento para divertidos campamentos estivales. Pero no acabo de tener claro si este apartado va bien ubicado en el sitio en que aparece dentro del libro. De nuevo surge aquí el problema de que la imagen parece haberse concebido para un formato mayor, porque hay leyendas que en la edición en papel de la obra son prácticamente ilegibles. Esto puede solucionarse en su versión electrónica, pero me sirve ahora como pretexto para insistir en que la imagen es en las publicaciones arqueológicas algo que deberíamos cuidar tanto como los textos. Si no puede verse lo que aparece en las ilustraciones, estas no hacen más que gastar inútilmente papel y recursos económicos. Más vale suprimirlas.

El problema de la ubicación de este capítulo tercero queda patente cuando se llega al cuarto, que retoma de nuevo el tema hidrológico, en este caso con estudios muy concretos aplicados a diversos yacimientos manchegos de la Edad del Bronce. El análisis se lleva a cabo ahora motilla por motilla, incluyendo al menos las más estudiadas en estos aspectos. Se trata de una autopsia muy técnica, que contrasta bastante con el nivel más elemental y divulgativo del apartado dedicado a la exposición histórica, colocado más adelante en la obra (capítulo 5). No entraré en pormenores del contenido de este apartado, que firman en este caso Miguel Mejías, Carlos Martínez Navarrete, Luis Benítez de Lugo y Jesús del Pozo; sólo he hecho aprender con su lectura. Pero sí tengo que señalar que resulta un nuevo ejemplo de la distribución algo caótica de los temas dentro de la obra. Aunque esta responsabilidad no es de los autores de los textos, sino de la concepción del libro en su conjunto, hay que recordar que es labor de los editores velar por este extremo, editores que, por lo demás, son todos también autores.

Por mi oficio de historiador voy a pararme más en la valoración del capítulo 5, cuyo único responsable es Luis Benítez de Lugo. Es aquí donde se materializa de forma más evidente el carácter divulgativo de la obra, que se concreta, entre otras cuestiones, en una abundante utilización de recreaciones históricas en imágenes

con escenas y escenarios que intentan reproducir algunos eventos de la vida cotidiana de las gentes de las motillas. Para publicar este tipo de figuras hay que ser especialmente valientes si no queremos caer en meras fantasías o doblegarnos ante la corrección política de turno. Por lo demás, este quinto apartado de la monografía me parece especialmente interesante, sobre todo porque permite al autor desplegar su batería de recursos didácticos y la exteriorización de su pensamiento histórico, sin que por ello haya que colocar en la obra el catecismo previo como hacen determinadas escuelas. En los últimos años esto último ha sido especialmente frecuente entre muchos marxistas; pero ahora lo practican también algunos investigadores de la llamada arqueología postcolonial. El capítulo aborda el análisis de la ocupación humana de La Mancha básicamente durante los milenios tercero y segundo antes de Cristo. Se explica en él qué son realmente las motillas desde el punto de vista del autor, cómo se incardinan en el territorio y cómo pueden comprenderse en el conjunto de lugares habitados en la región, que presenta de hecho otros modelos de asentamientos. En el fondo, Benítez de Lugo propone ver las motillas como estructuras de explotación de los acuíferos para la irrigación de pequeñas parcelas de cultivo en su entorno inmediato, y así lo defiende también con imágenes muy esclarecedoras sobre cómo se extraía de ellas el agua. Pero las motillas no serían sólo eso. Dichos enclaves habrían sido igualmente centros de socialización que incluían aspectos simbólicos e identitarios, entre ellos los funerarios. Y tal vez lo que más pueda chocar en esta lectura sea la forma de exponer —no el fondo— que desempeñaban también el papel de indicadores de apropiación comunitaria. Espero que el autor no se haya dejado llevar aquí por una moda imperante desde hace unas pocas décadas entre los prehistoriadores, una corriente según la cual todo elemento que supere en altura nuestra propia rodilla acaba siendo un mojón territorial. Y digo que el error puede estar en las formas de expresarlo porque una cosa es erigir voluntariamente un marcador de propiedad (lectura *emic*) y otra muy distinta que cualquier obra humana de cierto porte funcione como tal, sin que sea esa la intención manifiesta de quienes la levantan (deducción *etic*). En cualquier caso, se reconoce aquí que las motillas habrían surgido, en primera instancia, como una respuesta adaptativa a la creciente aridez climática. De hecho, dentro de los cauces secos de los propios ríos o fuera de ellos, siempre se ubicaban en sitios donde el acceso a las capas subterráneas de agua dulce era más fácil y donde existían tierras aptas para el cultivo al alcance de la irrigación, aunque fuera

en parcelas de pequeño y mediano tamaño y no en amplias superficies de agricultura extensiva.

Este capítulo 5 contiene, además, un tratamiento adecuado sobre el proceso historiográfico en el que ha estado hasta ahora inmerso el análisis de las motillas, incluyendo los principales hitos sobre su descubrimiento y las lecturas funcionales y sociales que de ellas se han realizado. Aunque la totalidad de la obra pretende tener carácter divulgativo, esta síntesis historiográfica me parece de especial utilidad incluso para la docencia universitaria de la arqueología prehistórica. Pero esta alabanza no puedo hacerla extensiva a las restituciones históricas, unas figuras a modo de viñetas que muestran acciones del mundo de la muerte o del trabajo en el campo, entre otros quehaceres de aquella sociedad. En cualquier caso, mis objeciones tienen que ver aquí sólo con la indumentaria con que se viste a los personajes, porque hoy sabemos que las culturas hispanas del Calcolítico y del Bronce contaban con elementos del vestido y del adorno personal mucho más complejos que los simples taparrabos con los que se cubren la mayor parte de los individuos representados. Ejemplos sobrados de esta sofisticación son, por ejemplo, los barrocos peñecillos de marfil del megalitismo sureño o el denominado “Hombre de Galera”, con su largos cabellos recogidos en colas que recuerdan el peinado de los príncipes pintados en los frescos de los palacios egeos, coetáneos en parte a este horizonte hispano y posiblemente en contacto comercial con él. Es hora de que estas reconstrucciones en imágenes de la vida cotidiana de entonces dejen de plasmar, como hacen casi siempre y para cualquier fase prehistórica, gente en cueros o vestida a la moda del paraíso terrenal. Existen multitud de datos arqueológicos que hablan de ropas y atuendos bien distintos. Este abuso del “primitivismo” transmite sin duda a nuestra propia sociedad una idea muy sesgada y bastante historicista de aquellas comunidades humanas. En plena Mancha y en medio del campo, seguro que ningún campesino araba con su yunta como aparece en la figura 5.2, hecho un adán. Por lo menos se cubriría para protegerse del sol.

El tratamiento de este quinto apartado muestra una acusada disparidad con los demás capítulos. No es que haya que presentar el resto para que lo comprendan hasta los párvulos, pero tampoco parece necesario descender tanto para divulgar ciertos aspectos históricos. En cualquier caso, es también responsabilidad de los editores buscar el equilibrio a la hora de difundir entre un público no especializado las distintas cuestiones que trata la obra. Seguramente es tarea difícil, sobre todo cuando uno se topa, como a mí me ha pasado en

mi propia universidad, con un filtro que confunde demagógicamente la alta divulgación de la investigación especializada con una revistilla de quiosco tipo *Quo*.

Entre las preocupaciones de los autores parecen estar determinadas cuestiones simbólicas, algo que han desatendido otros grupos de investigación dedicados también al análisis de la Edad del Bronce en La Mancha. Por ello encaja en la obra un trabajo sobre arqueoastronomía, firmado en este caso por César Esteban y desarrollado en el capítulo sexto. Su encuadre en el libro podría haber estado arropado por el estudio de otros aspectos también simbólicos y en una parte diseñada a tal efecto. Tengo que reconocer aquí mi posible subjetividad al mostrar ahora mi profunda satisfacción por haber abordado este tema, al que me vengo dedicando desde hace casi dos décadas. César Esteban lleva la cosa con muy buena mano, y ello a pesar de que muchos de sus trabajos se han centrado en otras culturas de cronologías más recientes. Se incluye aquí el análisis de distintos tipos de yacimientos (tumbas de la Edad del Cobre y motillas). En general, se observa una estrecha vinculación entre el mundo funerario y el Sol, con diversas posibilidades entre las que destacan los eventos solsticiales. A este respecto, resulta del mayor interés el caso espectacular del monumento de Castillejo del Bonete, vinculado al solsticio de diciembre. Estos lazos solares se intuyen también en algunas motillas, pero en ellas son difíciles las mediciones si no se dispone más que de muros curvos. Estos datos arqueoastronómicos entroncarían al mundo manchego de la Edad del Bronce con los mismos presupuestos cosmológicos extendidos por Europa occidental al menos desde los comienzos del megalitismo. Por eso hoy podríamos contestar con cierta seguridad a la pregunta con la que el autor abre su capítulo, y que él parece no atreverse a responder de forma explícita: “¿A qué dioses adoraban los habitantes de las llanuras manchegas hace 4500 años?”. Pues parece evidente que a los astros –sostengo yo–. Como es impensable que aquella gente supiera que nuestra estrella es un gigantesco reactor nuclear, podemos aceptar que le daban culto porque la consideraron la divinidad principal, cúspide de un panteón algo más amplio que incluía como cohorte los planetas visibles sin telescopio: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Para aquella mentalidad geocéntrica y geoestática, la Tierra no era un cuerpo celeste más de este tipo.

El capítulo 7 es un intento de unir toda la información suministrada por el proyecto para ofrecer una síntesis que permita una comprensión global del fenómeno de las motillas. En él confluye la información

arqueológica con la obtenida en los estudios paleoclimáticos. Lo firman José Antonio López, Sebastián Pérez Díaz, Francisca Alba Sánchez y Sara Núñez de la Fuente, que introducen su aportación con una propuesta teórica seguramente inaceptable para la mayor parte de los arqueólogos y con la que coincido plenamente. Quiero concretar este posicionamiento como la defensa de que los humanos forman parte de los ecosistemas, y no son por tanto algo ajeno a ellos. No existe un paisaje que actúa como marco donde colocar a *Homo sapiens* como un pastiche. Nuestra especie es sólo una más del conjunto de seres vivos que habita determinado territorio, representando una simple pieza del engranaje que lo compone. Yo no tengo empacho en llamar ecológica a esta visión, aunque me temo que el personal entienda por esto una cosa muy distinta de la que los autores (y yo) podemos tener en la cabeza. Hoy, ni siquiera muchos biólogos saben distinguir entre ecología y ecologismo, si es que se han planteado alguna vez que se trata de cosas bien distintas, la primera ciencia y el segundo religión. Lástima que los autores no sean aún más radicales, evitando usar palabras que, como “perturbación”, pueden sustituirse fácilmente por otras (cambio, transformación...) que evitan valoraciones sobre si es buena o mala la evolución experimentada por los ecosistemas, moralina propia del ecologismo pero no del análisis científico.

El resto de este séptimo capítulo es la consecuencia de haberse planteado la cosa correctamente, un compendio de explicaciones sobre dos cuestiones básicas: 1) en qué mutó la conducta de los grupos humanos de entonces, con sus correspondientes efectos adaptativos a las transformaciones climáticas, y 2) cómo eso hizo que cambiara localmente el medio cubriendo las necesidades de los propios mutantes. Las dos estrategias son parte de la evolución biológica, una que criba la variación del comportamiento intracomunitario en cualquier especie y otra que retoca el nicho a favor de ese mismo organismo; y las dos se desarrollaron bajo presiones selectivas de tipo darwiniano, afirmación que añado yo porque no son términos usados por los autores. Comprender estos fenómenos como parte de la evolución de un ecosistema exige, sin embargo, abandonar la dicotomía clásica natural/cultural, cosa que no siempre hacen estos investigadores, por ejemplo cuando oponen lo social a lo natural. Si queremos estudiar al género humano como un miembro más de la comunidad de vida de un ecosistema, su economía, sus relaciones políticas o su conducta religiosa, por citar sólo algunos aspectos

concretos, no pueden considerarse ajenos a la naturaleza, como tampoco lo son las estructuras sociales de las hormigas o de las manadas de lobos y sus respectivas jerarquías internas. En el caso mismo de los pozos para captar agua, tan consustanciales a las motillas, también los elefantes los hacen en los cauces de los ríos cuando se secan; así que tan naturales son unos como otros. La oposición natural/artificial nos sirve para desenvolvemos en la vida cotidiana, pero dificulta en extremo el análisis científico.

El libro se cierra con unas “consideraciones finales” redactadas por los editores y por Carlos Martínez. En este último capítulo se hace básicamente una síntesis de lo estudiado previamente, volviendo a insistir sobre todo en la vinculación que muestran el origen y la desaparición de la Cultura de las Motillas con el evento climático 4.2 ka cal BP, el fenómeno de extrema aridez que puso en marcha los cambios y que, una vez finalizado, acabó con ellos sin que se recuperara necesariamente la situación anterior, algo que aconteció hacia mediados del II milenio a.C. Para toda esta argumentación no dejan de insistir los autores en una necesaria reinterpretación de los “campos de silos”, que podrían verse como espacios de reunión donde se realizaban depósitos rituales y ofrendas, y no como graneros. Se trata de una hipótesis trabajada igualmente en diversos partes del libro por Luis Benítez de Lugo y para la que cada vez existen más datos a favor en todo el mediodía ibérico.

A pesar de los matices discrepantes que he manifestado sobre unas pocas cuestiones de la monografía, siempre escasos y de pobre sustancia, mi valoración global no puede ser más positiva. De hecho, no es solo la pretendida obra de divulgación señalada en su principio. Sus caracteres exceden ese marco para convertirla en libro de obligada consulta para los especialistas, e incluso en una publicación de cabecera para la docencia universitaria. Y esto último no sólo por los abundantes resultados de la investigación de base sino también por los planteamientos teóricos que permiten las explicaciones históricas. Para quienes se inician en la arqueología representa un modelo de cómo hacer que hablen los datos mediante una metodología concreta emanada de la reflexión epistemológica previa.

JOSÉ LUIS ESCACENA CARRASCO
Departamento de Prehistoria y Arqueología
Universidad de Sevilla
Correo-e: escacena@us.es